

otros puntos, y las continuas noticias que habian recibido ellos mismos de paises riquísimos en aquella costa, de los que podrian posesionarse con solo un poco de valor y de constancia. Mas como las necesidades presentes no admitian espera, resolvió enviar el buque á las islas de las Perlas, á cargar provisiones frescas para sus tropas, de modo que pudiesen seguir adelante con nuevo brio. La distancia no era grande, y dentro de pocos dias podrian salir de tan peligrosa posicion. El oficial á quien dió esta comision se llamaba Montenegro, quien tomando consigo la mitad de la gente, despues de recibidas las órdenes de Pizarro, levó anclas é hizo rumbo para las islas de las Perlas.

Partido el buque, trató el gefe español de explorar el pais para ver si daba con algun pueblo de Indios, donde pudiera encontrar refrigerio para su tropa. Pero fueron vanos sus esfuerzos; y no se halló rastro de habitacion de hombres, aunque á la verdad en medio de la espesa vegetacion de los trópicos, la distancia de unas cuantas varas basta para ocultar una ciudad entera. Lo único con que contaban aquellos aventureros para alimentarse, eran los mariscos que solian encontrar por la ribera, ó los amargos retoños de las palmas, y las bellotas y yerbas silvestres que crecian por aquellos bosques. Algunas eran tan dañosas que los que comieron de ellas se hin-

charon y padecian dolores insufribles. Otros prefiriendo la hambre á este miserable alimento, desfallecian y aun llegaron á morir de inanicion. Pero su animoso caudillo se esforzaba en conservar su propio buen humor, y en reanimar el ánimo abatido de su gente. Partia con ellos liberalmente sus escasas provisiones; no cesaba de buscarles alimentos; asistia á los enfermos, y hacia construir barracas en que alojarlos, para á lo menos ponerlos á cubierto de los torrentes de lluvia. Con este vivo interes que manifestaba en sus padecimientos, consiguió ganar sus voluntades, y que le prestasen una obediencia que en tales circunstancias habria exigido en vano, valiéndose tan solo en su autoridad. Se pasaban los dias y las semanas sin que se supiese nada del buque que debia socorrer á los aventureros. En vano tendian la vista por la inmensidad del océano, esperando descubrir á los amigos que aguardaban. Ninguna sombra se dibujaba en el azul del distante horizonte, hasta donde no habia osado llegar la canoa del salvaje, ni el hombre blanco habia tendido aun sus velas á los vientos. Los que al principio se habian mantenido firmes, comenzaron á desmayar viéndose abandonados de sus amigos en aquellas costas desoladas. Mas de veinte de aquellos desgraciados habian ya muerto, y los restantes iban siguiéndoles á toda prisa.¹⁴

¹⁴ Ibid., ubi supra.—Relacion del Primer. Descub., MS.—

En esta crítica situación dieron aviso á Pizarro de que habian visto á lo lejos una luz por entre unos claros del bosque. Interesóle sobremanera la noticia, pues indicaba la cercanía de alguna poblacion, y poniéndose á la cabeza de unos cuantos compañeros, se dirigió á hacer un reconocimiento por el rumbo que le indicaban. No le salió vana su esperanza, porque despues de atravesar por un espeso monte bajo, salió á un lugar abierto donde se veia un pequeño pueblo de Indios. Sus tímidos habitantes se pusieron en fuga á la repentina aparicion de aquellos extranjeros, y los hambrientos Españoles se arrojaron sobre el pueblo y se apoderaron de cuanto encontraron en las chozas. Solo hallaron cosas de comer, especialmente maiz y cocos, y aunque el socorro no era muy abundante, llegaba en momento tan oportuno, que no podia menos de llenarles de regocijo.

Los asustados indígenas no pensaron en hacer resistencia; pero como veian que no se trataba de ofender sus personas, fueron cobrando confianza, y acercándose á los blancos les preguntaron "¿porqué no se estaban en sus casas labrando sus tierras, sin andar robando á los que en nada les habian ofendido?"¹⁵ Cualquiera

Xerez, Conq. del Peru, ubi supra.

¹⁵ "Porque decian á los Castellanos, que por qué no sembraban, i cogian, sin andar tomando los Bastimentos agenos, pasando tantos trabajos." Herrera, Historia General, loc. cit.

que fuese la opinion de los Españoles en la cuestion de derecho, es seguro que por aquella vez sentian no haber hecho lo que les aconsejaban. Pero los salvajes llevaban varios adornos de oro, de buen tamaño, aunque toscamente labrados, y esta era la mejor respuesta á su pregunta. El oro era el cebo que inducia al aventurero español á dejar una patria querida para irse á meter en aquellos desiertos. Los Indios confirmaron á Pizarro las noticias que ya habia recibido tantas veces, de un pais muy rico que quedaba mas al Sur, y le agregaron que pasadas las montañas, se encontraba á diez jornadas de allí un poderoso monarca cuyos dominios habia invadido otro mas poderoso, Hijo del Sol.¹⁶ Querrian tal vez hablar de la invasion de Quito por el valiente Huayna Capac, que se verificó algunos años antes que la expedicion de Pizarro. Por fin, pasadas mas de seis semanas, tuvieron los Españoles el gusto de ver regresar la perdida barca que se

¹⁶ "Dioles noticia el viejo por medio del lengua, como diez soles de allí habia un Rey muy poderoso yendo por espesas montañas, y que otro mas poderoso hijo del Sol havia venido de milagro á quitarle el Reino sobre que tenian muy sangrientas batallas." (Montesinos, Anales, MS., año 1525.) La conquista de Quito por Huayna Capac. se verificó mas de treinta años antes de la época de que estamos tratando. Pero las incultas naciones de las cercanías de Panamá solo tenian ideas confusas sobre esta revolucion, el lugar y tiempo en que habia sucedido, y por otra parte los españoles tampoco podian entender bien las alusiones que á ella hacian en un dialecto desconocido, y mas bien por señas que por palabras.

había llevado á sus compañeros, y Montenegro entró en el puerto con un abundante acopio de provisiones para sus hambrientos compatriotas. Horrorizados se quedaron los del buque al ver el aspecto que presentaban estos últimos, pálido y desencajado el rostro, y consumidos hasta tal grado por el hambre y las enfermedades, que sus antiguos compañeros apenas podían reconocerlos. Montenegro disculpó su retardo con el mal tiempo y los continuos vientos contrarios, y también él por su parte venía contando mil lástimas, de la desesperación á que el hambre les había reducido en su travesía á las Islas de las Perlas. Pequeños incidentes como los que hemos ido refiriendo, son los que nos hacen comprender el estremo á que llegaban los padecimientos de los aventureros españoles, empeñados en continuar la grande obra de sus descubrimientos.

Reanimados los Españoles con el sustancioso alimento que hacia tanto tiempo no lograban, y con la volubilidad propia de hombres de vida aventurera y vagamunda, olvidaron al punto sus pasadas fatigas, con el deseo de proseguir la comenzada empresa. Reembarcándose, pues, se despidió Pizarro de aquel lugar de tantos sufrimientos, que infamó con el apropiado nombre de *Puerto del Hambre*, y desplegó de nuevo sus velas á una brisa favorable que le impelia directamente al Sur.

Si se hubiera engolfado atrevidamente en el océano en vez de pegarse á aquellas ingratas costas, que tan mal le habían pagado hasta entonces su trabajo, se habría ahorrado la repetición de aventuras inútiles y fastidiosas, y habría llegado á su destino por un camino mas corto. Pero los Españoles no querían apartarse de aquellas costas desconocidas, ni dejar de tomar tierra en todos los lugares que podían, como si temiesen que se les escaparía alguna region fértil ó alguna rica mina si interrumpían en cualquier parte su minucioso reconocimiento. Debe tenerse presente, sin embargo, que aunque nosotros, familiarizados con la topografía de esos países, conocemos perfectamente el lugar á donde Pizarro se dirigía, él andaba vagando entre nieblas, avanzado palmo á palmo, por decirlo así, sin mapa que le guiase, sin conocer aquellos mares ni la dirección de las costas, y por último, sin otra idea del objeto que buscaba, sino que era una tierra abundantísima en oro, que estaba hácia el Sur. Aquello era buscar un *El Dorado*, sobre noticias é informes, apenas mas circunstanciados y dignos de crédito que los que dieron origen á tantas expediciones á esta tierra de maravillas. Solamente su feliz éxito, que es el mejor argumento para convencer á la multitud, pudo libertar de la nota de locura á la expedición de Pizarro.

Continuando su derrota hácia el Sur con viento de tierra, se encontró, despues de una breve travesia, frente á un pedazo de terreno despejado, ó á lo menos no tan boscoso, que se iba elevando gradualmente segun se alejaba de la costa. Desembarcó con una corta partida, y habiendo andado un poco se encontró con un pequeño pueblo de Indios. Estaba desierto porque sus habitantes se habian huido á las montañas al aproximarse los invasores, y entrando los Españoles en las habitaciones abandonadas, encontraron una buena provision de maiz y otros alimentos, y varios toscos adornos de oro de bastante valor. No era menos necesario el alimento para sus cuerpos, que la vista del oro de cuando en cuando para renovar su sed de aventuras. Un espectáculo sin embargo, se presentó á sus ojos que les heló la sangre en las venas; y eran varios pedazos de carne humana que estaban asandose junto al fuego, como los habian dejado los bárbaros que se preparaban sin duda á celebrar su asqueroso banquete. Conociendo por esto los Españoles que habian dado con una tribu de Caribes, pues era la única raza que se sabia usaba el antropofagismo en esta parte del Nuevo Mundo, se retiraron precipitadamente á sus embarcaciones.¹⁷ Una triste familiaridad no

¹⁷ "Y en las Ollas de la cote la Carne, que sacaban, havia mida, que estaban al fuego, en- Pies i Manos de Hombre, de

les habia hecho aun indiferentes á tal espectáculo, como sucedia á los conquistadores de Méjico.

El tiempo que hasta entonces habia sido favorable, se convirtió de repente en tempestuoso, con violentos chubascos acompañados de truenos y relámpagos, y la lluvia, como es comun en las tempestades de los trópicos, ya casi no bajaba en gotas, sino en sábanas de agua. A pesar de eso prefirieron los Españoles aventurarse en el agitado elemento, á permanecer en un lugar en que se practicaban tales abominaciones. Pero el furor de la tempestad fué disminuyendo poco á poco, y la pequeña embarcacion siguió su camino á lo largo de la costa, hasta que llegando frente á una avanzada lengua de tierra, que Pizarro llamó Punta Quemada, dió orden de soltar el ancla. A la orilla del agua habia una ancha faja de mangles, cuyas largas raices enlazándose unas con otras, habian formado debajo del agua una especie de enrejado que impedia el libre acceso á la costa. Varias veredas que atravesaban aquella espesura, hicieron conjeturar á Pizarro, que el pais debia estar habitado, y en consecuencia desembarcó con la mayor parte de sus fuerzas para explorar el interior.

Apenas habia andado una legua, cuando la

donde conocieron, que aquellos Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap
Indios eran Caribes." Herrera, 11.

vista de una ciudad india, mayor que las que habia hallado hasta entonces, situada en una eminencia y defendida por unas estacadas, le desengañó de que no eran vanas sus conjeturas. Los habitantes habian huido como de costumbre, pero dejando en sus casas un buen acopio de provisiones, y algunos adornos de oro que los Españoles no tuvieron escrúpulo en apropiarse. La débil embarcacion de Pizarro habia quedado tan estropeada con las borrascas que habia resistido últimamente, que ya no ofrecia seguridad para continuar el viaje sin recibir reparos de consideracion, que era imposible hacer en aquella costa desamparada. Determinó por lo mismo enviarla á Panamá con unos cuantos marineros, para que allí se carenase, y fijar mientras sus cuarteles en aquel lugar, que era muy propio para la defensa; pero antes despachó á Montenegro con una pertida, para que reconociese el pais y entrase si era posible, en relaciones con los naturales.

Eran éstos de raza belicosa, y solo habian abandonado sus habitaciones para poner en salvo sus mugeres é hijos. Pero no habian perdido de vista los movimientos del enemigo, y quando vieron que sus fuerzas se dividian, resolvieron caer sobre cada division por separado, antes que pudiesen reunirse. Así pues, tan luego como Montenegro se empeñó en los desfiladeros

de aquellos elevados cerros, que se desprenden como espolones de las cordilleras en esta parte de la costa, salieron de su escondite y despidieron una nube de flechas y otros proyectiles, con que mataron tres españoles é hirieron muchos, mientras hacian resonar los bosques vecinos con sus agudos gritos de guerra. Sorprendidos los Españoles á la repentina acometida de aquellos salvages desnudos, pintados de varios colores, y blandiendo sus armas, que se veian brotar por todas partes de entre los árboles y malezas, se desordenaron por un momento. Pero reuniéndose al punto, contestaron la descarga de sus agresores con otra de sus ballestas, porque las tropas de Pizarro no llevaban armas de fuego en esta expedicion, y cargando en seguida con valor sobre el enemigo, espada en mano, consiguieron rechazarle hasta sus guaridas de las montañas. Mas no consiguieron otro resultado que hacer cambiar el teatro de las operaciones, y que cayesen sobre Pizarro antes que su teniente pudiese socorrerle.

Aprovechándose de su conocimiento del terreno llegaron á los cuarteles del comandante mucho antes que Montenegro, aunque este habia contramarchado inmediatamente en aquella direccion. Y saliendo de los bosques aquellos atrevidos salvages, saludaron á los Españoles con un diluvio de flechas y dardos, de los que

algunos penetraron por las junturas de las corazas, y las acolchadas cotas de los caballeros. Pero Pizarro era soldado de demasiada esperiencia para que le cogiesen desprevenido. Reuniendo á toda su gente, resolvió no esperar cobardemente el asalto en sus parapetos, sino salir y buscar al enemigo en sus mismas posiciones. Los bárbaros, que habian avanzado hasta cerca de las estacadas, retrocedieron así que los Españoles se arrojaron fuera con su valiente caudillo á la cabeza. Mas volviendo inmediatamente á la carga con estraña ferocidad, y dirigiéndose á Pizarro, que con facilidad reconocieron ser el gefe por su altivo porte y aire de autoridad, le descargaron tal nube de proyectiles, que le hirieron nada menos que en siete partes, á pesar de su armadura.¹⁸

Incapaz de resistir el gefe Español el impetuoso ataque dirigido espresamente á su persona, se fué retirando por una cuesta abajo, defendiéndose lo mejor que podia con su espada y rodela, hasta que dió un paso en falso y cayó. El enemigo alzó entonces un grito de triunfo, y los mas atrevidos se le echaron encima para acabarle. Pero Pizarro se puso al punto en pié, y echando á tierra con su robusto brazo á los dos primeros, contuvo á los demas hasta que sus soldados

¹⁸ Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Xerez, Conq. del Perú, cap. 1.—Balboa, Hist. du Pérou, ap. Barcia, tom. III. p. 180. chap. 15.

llegaron á socorrerle. Admirados los bárbaros de tanto valor comenzaron á vacilar, á cuyo punto acertó á llegar Montenegro, y tomándolos por la espalda puso el colmo á su confusion; con lo que abandonaron el campo precipitadamente y se escaparon como mejor pudieron á las montañas. El suelo quedó cubierto de cadáveres; pero la victoria se compró muy cara con la muerte de otros dos Españoles y una multitud de heridos.

Juntáronse entonces á deliberar. Aquella posicion habia ya perdido todo su mérito á los ojos de los Españoles, pues era la primera vez que encontraban resistencia en el curso de su expedicion; era ademas necesario llevar los heridos á algun parage seguro en donde pudieran curarse, y no parecia prudente seguir adelante en un buque tan estropeado. Resolvieron por tanto, el regresar y dar cuenta de sus operaciones al gobernador, y aunque no se habian realizado las lisonjeras esperanzas de los aventureros, Pizarro creia que lo hecho bastaba para demostrar la importancia de la empresa, y conseguir la cooperacion de Pedrarias para proseguirla.¹⁹

Pizarro, empero, no podia conformarse con la idea de comparecer ante el gobernador, en el estado que guardaba la empresa. Dispuso, pues, que le desembarcasen con sus principales com-

¹⁹ Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 6. cap. 11.—Xerez, ubi supra.

pañeros en Chicamá, lugar situado en el continente, á una corta distancia al O. de Panamá. Desde este lugar, á donde arribó sin novedad, despachó en el buque á su tesorero Nicolas de Ribera, con el oro que habia recogido, y órden de presentar al gobernador una relacion circunstanciada de sus descubrimientos y del resultado de la expedicion.

Mientras esto pasaba, Almagro, el socio de Pizarro, se habia ocupado asiduamente en despachar de Panamá otro buque para acompañar la expedicion; pero á pesar de su actividad, hasta mucho despues de la partida de su amigo no estuvo listo para seguirle. Con el auxilio de Luque consiguió al fin habilitar una pequeña caravela, y formar un cuerpo de sesenta ó setenta aventureros; la mayor parte de la gente mas perdida de la colonia. Hizo rumbo en seguimiento de su compañero, con intencion de alcanzarle lo mas pronto posible. Por medio de señales en la corteza de los árboles, convenidas de antemano, pudo reconocer los lugares que habia visitado Pizarro; Puerto de Piñas, Puerto de la Hambre, Pueblo Quemado, tocando sucesivamente en todos los puntos en que habian tocado sus compatriotas, aunque en mucho menos tiempo. En el último lugar de los mencionados, le recibieron los feroces indígenas con las mismas demostraciones hostiles que á Pizarro, aunque en el caso

presente, los Indios no se atrevieron á salir de sus posiciones. Pero esta resistencia exasperó de tal modo á Almagro, que asaltó la plaza espada en mano, la tomó, puso fuego á las defensas y habitaciones, y ahuyentó los infelices habitantes á los bosques.

Cara le costó sin embargo su victoria. Una herida de jabalina en la cabeza, le ocasionó una inflamacion en un ojo, y despues de padecer mucho tiempo, acabó por perderlo. Mas á pesar de su herida, no dudó el intrépido aventurero en proseguir su viaje, y despues de tocar en varios puntos de la costa, donde recogió un abundante botin de oro, llegó á la boca del rio de San Juan, hácia los 4º de lat. N. Llamóle la atencion la belleza del rio y lo cultivado de sus riberas, en las que se veian esparcidas muchas cabañas de Indios que manifestaban cierta habilidad en su construccion; denotando todo una civilizacion mas adelantada, que cuanto hasta entonces habia visto.

En medio de su satisfaccion, la suerte de Pizarro y sus compañeros llenaba su ánimo de inquietud. En tanto tiempo no habia encontrado rastro de ellos en la costa, y era claro, que ó el mar los habia tragado ó habian regresado á Panamá. Esto le parecia mas probable, puesto que el buque podia haber pasado á su lado sin ser visto, ya por la oscuridad de la noche, ó por

las densas nieblas que á veces cubren aquellas costas.

Persuadido de que así era, ya no tuvo ánimo para proseguir su viage, para lo que tampoco era nada á propósito su único buque con su escasa dotacion de gente. Resolvió, por lo mismo, volverse sin mas dilacion. En su travesía tocó en las Islas de las Perlas, y allí supo el resultado de la espedicion de su amigo, y el lugar en que entonces se hallaba. Dirigióse inmediatamente á Chicamá, y los dos caballeros tuvieron muy pronto la satisfaccion de abrazarse, y referirse mutuamente sus hechos y peligros. Almagro volvía mejor provisto de oro que su compañero, y en todas partes le habian confirmado la existencia de un opulento y poderoso imperio en el Sur. Los descubrimientos de estos dos amigos estrecharon mucho su intimidad, y no vacilaron en comprometerse mutuamente á morir antes de abandonar su empresa.²⁰

Signióse una séria y detenida discusion sobre el mejor modo de reunir la gente que necesitaban para tan formidable empresa, que ahora les parecia mas formidable que antes. Decidieron por último que Pizarro se quedaria en su actual

²⁰ Xerez, ubi supra.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, loc. cit.—Balboa, Hist. du Pérou, chap. 15.—Relacion del Primer Descub., MS.—Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 8, cap. 13.—Levinus Apollonius, fol. 12.—Gomara, Hist. de las Indias, capítulo 108.

alojamiento, á pesar de que la humedad del clima y los enjambres de insectos, le hacian incómodo y aun malsano. Almagro habia de ir á Panamá á presentarse ante el gobernador, y conseguir, si posible era, que protegiese la continuacion de la empresa. Si por este lado no se encontraba tropiezo, podia esperarse, contando con el apoyo de Luque, reunir los pertrechos necesarios, mientras que el resultado de la reciente espedicion era bastante favorable para atraer aventureros á su bandera, entre una gente tan sedienta de aventuras, que encontraba placer en el peligro, y que miraba la vida como una cosa despreciable comparada con el oro.